

A photograph of a person's hand touching a window covered in rain droplets. The hand is positioned in the lower center, with fingers spread against the glass. The background is a blurred outdoor scene with greenery, visible through the rain-streaked window. The overall mood is contemplative and melancholic.

Carol Schaefer

La otra madre

Luciérnaga

Carol Schaefer

LA OTRA
MADRE



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Other Mother*

© del texto: Carol Schaefer, 2014

© de la traducción: María Fresquet Roso, 2019

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: abril de 2020

© Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-16-8

Depósito legal: B. 5.247-2020

Composición: Realización Planeta

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

Corría el año 1965.

Nos habíamos sentado en las sillas de madera oscura que se hallaban centradas ante el escritorio de la monja. Detrás de la mesa, las persianas venecianas que cubrían el ventanal estaban semicerradas. La luz trazaba un dibujo de finas rayas sobre el techo. Ninguna de ellas caía sobre el hábito negro de la hermana Dominic. A mi derecha, mi madre se inclinó hacia delante, como para que la monja comprendiera que habíamos venido a hacer lo correcto. Porque así el pecado mortal quedaría extirpado de mi alma, y también de la suya. Mi penitencia sería ir a la casa de madres solteras. La absolución llegaría cuando entregara a mi hijo. La monja nos estaba diciendo que yo lo olvidaría todo. Sería como si nunca hubiera ocurrido.

Los listones de la silla se me clavaban en la espalda al apoyarme en ellos. La hermana Dominic estaba vuelta hacia mi madre, dirigiendo su hombro derecho hacia mí, como acusándome. Ninguna de las dos me veía como una presencia independiente de mi madre. Me sentía paralizada, incapaz de hablar con mi propia voz. Yo quería que mi madre saliera de la estancia. Quería decirle algunas cosas a la monja, hacerle algunas preguntas: ¿Había alguna forma de quedarme con mi niño? ¿Había alguien que pudiera ayudarme a encontrar un modo de hacerlo?

Nos habían entregado un formulario para que lo rellenáramos mientras esperábamos ante la puerta del despacho a

que la hermana Dominic nos recibiera; a que cumpliera con su compromiso de vernos, como había solicitado mi madre a los Servicios Sociales de la Iglesia católica, para preparar mi admisión en Seton House. Mi madre había contestado por mí a la mayoría de las preguntas del formulario. No pude negarme; ya había hecho bastante quedándome embarazada y arruinando la vida de la gente. Pensaba que podía perder el amor de todos ellos. Las recriminaciones de la Iglesia no me asustaban tanto como lo hacía mi madre. Pero, por temor a ser abandonada, aceptaba abandonar a mi bebé.

—¿Quiere que se eduque en el catolicismo?

—Ah, sí, claro, hermana —contestó mi madre, obediente, como si respondiera a una pregunta de catequesis.

—¿Prefiere que los padres sean universitarios?

—Sí, desde luego —contesté yo.

Por fin encontraba fuerzas para hablar.

—La compatibilidad respecto al origen étnico será absoluta, por supuesto —nos aseguró la monja.

Me sentí un poco incómoda, porque sobre nuestras raíces no teníamos la información completa.

—Tendrán una posición desahogada y cubrirán todas las necesidades del niño. De eso pueden estar seguras —dijo.

Y, por descontado, dijo, puesto que tanto el padre de mi hijo, Ray, como yo teníamos los ojos azules, también los padres los tendrían. La monja sonrió benévola, ladeando un poco la cabeza, como si ya estuviera pasando el pedido a Dios.

Los padres serían un reflejo de Ray y de mí en todos los sentidos; el niño no perdería nada por no estar con nosotros. De hecho, los Servicios Sociales de la Iglesia católica le iban a encontrar unos padres que cubrirían sus necesidades mucho mejor de lo que nunca podríamos haberlo hecho Ray y yo. Ray y yo podríamos acabar nuestros estudios, y si luego decidíamos casarnos, podríamos tener otros hijos. Dar al niño en

adopción era, claramente, lo mejor —lo único— que podía hacer yo.

Seguía pensando que ojalá mi madre nos dejara para poder hablar a solas con la monja. Quería saber qué pasaba si yo cambiaba de parecer. Pero mi madre no se apartó de mi lado.

Firmamos los papeles. Habíamos aceptado. La fecha exacta de mi ingreso dependería de las vacantes disponibles en Seton House. La casa podía acoger a un máximo de dieciséis jóvenes, y mi admisión dependería de que los partos se produjeran en las fechas previstas. Pero podía contar con entrar en algún momento del mes de octubre.

La hermana Dominic se inclinó hacia delante y, apoyando las manos sobre el escritorio, se irguió con la espalda recta. Su hábito negro añadía talla a su estatura ya de por sí considerable. Parecía erigirse sobre nosotras.

Mi madre y yo nos pusimos en pie y los contornos de la estancia parecieron difuminarse. Yo oía sus voces como si vieran de algún lugar distante. ¿De verdad me estaba pasando esto a mí?

¿Cómo me había metido en este problema? En los últimos años de la escuela secundaria, mi mejor amiga era Jessica. Hacíamos lo que todo el mundo ese verano en nuestro pueblo de Carolina del Norte: íbamos al aparcamiento del restaurante Boar and Castle Drive-in, donde nos encontrábamos con nuestros amigos y a veces hacíamos otros nuevos. El aparcamiento estaba dividido en dos secciones. La parte izquierda estaba muy iluminada, para poder ligar y relacionarse. En la derecha reinaban el silencio y la penumbra. La llamaban «el Pozo de la Serpiente». Todos los coches que estaban aparcados en ese lado tenían las ventanillas empañadas, lo que producía un efecto de cortinas corridas. Esa no-

che, Jessica y yo echamos un vistazo al Pozo de la Serpiente y aparcamos el gigantesco Buick azul claro de su padre bajo un gran arce que se alzaba en el lado izquierdo del parking, para que nos viera Michael, su novio. Michael trabajaba en una fábrica de encuadernación, en el turno de noche. Iba a venir a vernos durante su descanso.

Cuando llegó, el asiento del copiloto de su Austin-Healy estaba ocupado por alguien a quien no reconocí. Una vez Michael saltó al asiento trasero del Buick, detrás de Jessica, su amigo se acomodó en el que se encontraba a mi espalda. Cuando me giré para ver al amigo de Michael, lo primero que me llamó la atención fueron sus manos. Cuando se adelantó para que nos presentaran, estas se apoyaron en el asiento forrado de felpa. Tenía unas manos preciosas. Y cuando la luz me reveló su cara, vi que tenía una sonrisa maravillosa, una sonrisa que le llegaba hasta los ojos. Sentí un impulso casi irresistible de tocarle las manos. Sabía que me resultarían familiares. Pero me resistí.

Se llamaba Ray. Estaba en segundo año de universidad. Y eso significaba que no había nada que hacer. Yo tenía prohibido salir con estudiantes universitarios. Mi padre no nos iba a dejar salir juntos de ninguna de las maneras. Pero, por otro lado, en el Buick azul claro de Jessica era como si el tiempo hubiera quedado en suspenso. Porque conocerle mejor era cuanto yo deseaba. Cuando llegamos a casa de nuestra amiga Cindy, me lancé sobre la cama de esta en una adolescente rendición al amor.

Después de la noche del Castle, Ray y yo enviamos discretamente a nuestros emisarios personales, Jessica y Michael, para saber si el otro quería quedar. El sentimiento era mutuo, estaba claro. La familiaridad que había sentido al verle por primera vez siguió estando presente en nuestra primera cita, y nunca se desvaneció. A mis padres les gustó Ray cuando lo conocieron, aunque fuera mayor que yo, y no católico. Sali-

mos juntos durante todo mi último año de secundaria. Ray volvía a casa de sus padres desde la universidad casi cada dos fines de semana. Y lo que sentíamos el uno por el otro era cada vez más fuerte.

En el Sur de los años sesenta primaba un estricto código generacional que nos obligaba a contener la pasión que sentíamos el uno por el otro. Todo se veía en términos de blanco y negro. Eras una chica decente o una fresca. Esto significaba que llegabas hasta el final o no llegabas, al margen del tiempo que llevaras saliendo con alguien. Vivías en un buen barrio o en uno malo, pertenecías a un club de campo bueno o a uno malo o, peor aún, a ninguno. Llevabas blusas de Villager y mocasines Weejuns¹ o te quedabas al margen. Nosotros llegamos a Carolina del Norte cuando yo estaba empezando la escuela secundaria. Hasta entonces había estudiado en un colegio femenino católico de Ohio, y ahora llegué a mi nuevo colegio calzando unas Keds de lona, porque era lo que se llevaba en Ohio. Cuando Jessica y yo nos hicimos amigas íntimas, me confesó que algunos compañeros habían pensado que era pobre porque llevaba Keds. Y ser pobre no era bueno.

El doble rasero estaba profundamente arraigado. Si un chico se acercaba a la frontera imaginaria del propasarse con una muchacha «decente», el instinto del caballero sureño se despertaba y la mano errante o el pensamiento apasionado quedaban refrenados. Probablemente, las reservas de autodisciplina que sin duda requería retozar cuatro horas seguidas al son de Johnny Mathis sin llegar a «primera base» contribuyeron en gran medida a moldear nuestro carácter colectivo.

1. Villager es una marca de ropa que se hizo muy popular en Estados Unidos entre las jóvenes burguesas de los años sesenta, y que se caracterizaba por los diseños discretos y los estampados florales. Weejuns es una marca clásica de mocasines. (*N. de la T.*)

La noche en que me quedé encinta fue la segunda vez que Ray y yo hicimos el amor, y seguramente la centésima en que luchamos contra ello durante los dos años que llevábamos juntos. Yo ya estaba en primer curso del Winthrop College, una universidad femenina de Carolina del Sur. Los dos estábamos en casa de nuestros padres por las vacaciones de Semana Santa. Llevábamos más de un mes sin vernos, debido a los exámenes parciales. Nunca habíamos pasado tanto tiempo separados desde que habíamos empezado a salir. Esa noche no teníamos mucho tiempo para estar juntos. Era Viernes Santo, y yo antes tenía que ir al vía crucis.

Aparcamos el Ford Galaxy color aguamarina de Ray en el parking inferior del club de campo Starmount, al lado de las pistas de tenis. El aparcamiento estaba desierto. El cielo estaba muy negro. Perfecto para una noche de Viernes Santo. El vía crucis siempre me había afectado profundamente. Hablamos. Lo que sentíamos el uno por el otro se hizo demasiado intenso para controlarlo.

Y yo estaba demasiado entregada para advertirle que no siguiera. Cuando todo acabó, Ray salió del coche, metió la cabeza por la ventanilla y me preguntó literalmente si era un mal momento del mes. Dijo que el preservativo se había roto. Pero mis periodos siempre habían sido irregulares, y ahora llevaba cuatro meses sin él. Le dije que no se preocupara.

Al cabo de un mes, al ver que seguía sin menstruar, empecé a preocuparme. Me sentía rara. Como no quería ir a un médico del lugar, pedí hora con el ginecólogo de la hermana mayor de mi compañera de habitación, Blair. Este doctor estaba en Charlotte. Pero en Winthrop, las alumnas de primero no podían alejarse más de cuarenta kilómetros del recinto universitario sin permiso de los padres. Al regresar del ginecólogo, me pillaron y llamaron a mis padres. Un par de horas después, mi madre llamó por teléfono para decirme que se había enterado y que había hablado con el ginecólogo. Así

se respetaba la «confidencialidad médico-paciente». Pero la prueba dio resultado negativo. Me prohibieron abandonar el recinto universitario hasta fin de curso. A mí me molestaba que la universidad, mis padres y el médico me trataran como si fuera una niña, pero eso era yo para ellos.

Ray se sintió aliviado de que la prueba hubiera dado negativo. Pero yo no estaba tan segura.

Estaba tan estresada que los exámenes me salieron bastante mal. Mis padres me recibieron con caras largas. Pero no hablamos de nada. Únicamente, mi madre me preguntó si ya tenía el periodo. Le dije que no.

Esta era la situación que tanto había temido mi padre. Se había pasado incontables noches sentado en el sillón color aguamarina del salón, esperando a que yo volviera a casa. La mayoría de las veces, cuando llegaba de una cita, me lo encontraba dormido en el sillón, con el libro o el periódico que había estado leyendo para mantenerse despierto iluminado por la luz de la lámpara de pie de bronce. Si llegaba cinco minutos tarde, me castigaba sin salir seis semanas seguidas, seguramente porque necesitaba descansar de la preocupación y las noches pasadas en el sillón aguamarina. Me inspiraba ternura, pero también me daba rabia que no pudiera confiar en mí. Él decía que confiaba en mí, pero no en los chicos con los que salía.

Y en esa ocasión me prohibió volver a ver a Ray. Pero yo tenía que verlo. Así que quedábamos en secreto.

Pasó otro mes. Yo me encontraba bien, pero seguía sin bajarme la regla. Corrían los últimos días de junio. Ray tenía un contacto en el hospital. Podíamos repetir la prueba de forma discreta.

Esta vez dio positivo.

No hablamos hasta que llegamos al aparcamiento del hos-

pital. El sol golpeaba con fuerza el asfalto negro. La humedad creaba la impresión de estar atravesando un aire muy espeso. Yo quería distanciarme de lo que estaba pasando, pero el aire caliente conspiraba para mantenernos atrapados en el mundo real. Hacía demasiado calor para meternos en el coche y hablar. Nos quedamos ahí de pie. No era fácil comprender la realidad de lo que aún parecía tan irreal. Si no hubiera sido por la ausencia de regla y la prueba, no me habría enterado de que estaba encinta. No tenía ningún síntoma. Mi cuerpo no había cambiado. Ray estaba mirando a la misma persona de siempre. Sin embargo, nada era igual, ni volvería a serlo nunca.

La única forma de abortar era tomar un vuelo a las Bahamas. ¡Me veía muy capaz de hacerlo! Pero no podríamos conseguir el dinero sin decírselo a nuestros padres, y yo sabía que mi madre nunca me dejaría abortar. Ray aún no había hablado de matrimonio. ¿Estaría yo dispuesta si lo mencionaba? Allí, sobre el caliente asfalto negro, con los pies medio abrazados, me descubrí pasando en mi cabeza una «grabación» de todos los comentarios que había oído sobre la situación en la que me encontraba ahora. Los chicos se reían de esas frescas que se quedaban «preñadas». La gente decía que las mujeres «obligaban» a los hombres a casarse con ellas quedándose embarazadas. ¿Y Ray? ¿Se preguntaría eso siempre? ¿Me preguntaría yo siempre si él me quería? ¿De dónde salían todas esas preguntas? De mi corazón, no, desde luego. Pero yo no confiaba en mi corazón.

Decidimos contárselo a nuestros padres.

A la mañana siguiente le pedí a mi madre que viniera a mi habitación. Sentada en el suelo, junto a una mancha de sol, le dije de forma escueta y directa que me había hecho una prueba de embarazo que había dado positivo. Sabía que en el fon-

do la noticia no la iba a sorprender. Sin tener indicio alguno, mi madre había comprendido que si había transgredido la norma de los cuarenta kilómetros de Winthrop era porque había ido al médico para saber si estaba encinta. Y si había adivinado eso como una revelación del cielo, ¿cómo iba a sorprenderse ahora? No lo hizo. Pero aun así fue una conmoción para ella.

—Supongo que estarías borracha —dijo.

—No, estaba perfectamente sobria —contesté yo.

—No me lo creo —repuso ella—. Tenías que estar borracha.

—No, mamá, no estaba borracha —respondí con toda la claridad posible.

Quería añadir: «Estaba enamorada», pero mi boca no pudo emitir esas palabras. ¿Por qué daba por supuesto mi madre que estaba borracha? ¿Acaso eso me habría disculpado como por arte de magia, incluso habría restaurado mi virginidad? ¿Temía mi madre que mi alma estuviera en pecado mortal?

—¿Ray se va a casar contigo? —preguntó.

Le dije que no lo sabía. Se fue a hablar con mi padre. La mancha de sol se había desplazado en el suelo. Me quedé allí sentada mucho tiempo, viendo como se alejaba cada vez más.

La frente de mi padre estaba marcada por una profunda cólera y la tristeza inundaba sus ojos. Se sentía muy dolido. Yo quería desaparecer.

—Tu madre y yo os ayudaremos a ti y a Ray en lo que podamos —dijo—. Siempre hemos creído que algún día os casaríais. Incluso ayudaremos a pagar el último curso de carrera de Ray, si es lo que hace falta para que acabe.

Su generosa aceptación de la situación me abrumó. Detrás de mí venían tres hijos más. Yo sabía que económicamente no iba a ser fácil para ellos. Mi padre dijo que quería hablar con

los padres de Ray. Quedaron en verse el día siguiente, después de misa.

Mientras hablaban, Jessica y yo estuvimos dando vueltas al azar en el Buick azul de su padre. El sol calentaba con fuerza, pero parecía apagado. Pasamos por el Castle para comprar un refresco de cola, pero hacía tanto calor que el lugar estaba desierto. Me preguntaba qué se estarían diciendo los padres. Me preguntaba qué estaría haciendo Ray. No creo que a ninguna de las dos parejas se les pasara por la cabeza la idea de que Ray y yo debíamos estar presentes en aquella reunión. Porque al fin y al cabo, estaban hablando de *nuestro* futuro. Me puse a pensar en otras épocas, esas que conocía de mis lecturas, cuando los matrimonios siempre se concertaban, eran negocios que se cerraban entre los cabezas de familia, sin que los hijos tuvieran nada que decir cuando se hablaba de su propio destino.

Al cabo de unas horas, pasamos por nuestra casa. El coche de los padres de Ray ya no estaba. Jessica me dejó en la puerta. Recorrí despacio el camino de entrada. Se me hacía raro pensar que los padres de Ray habían estado en mi casa. Sabía que Ray tenía una buena relación con ellos, pero por algún motivo aún no nos conocíamos.

—Parecen majos —dijo mi padre cuando me vio entrar—. Les he ofrecido todo lo que te dije. Ahora la decisión es suya.

Ray me llamó a la noche siguiente. ¿Podíamos vernos en el Castle al cabo de media hora? Pedí el coche y salí corriendo. Mientras recorría aquellas calles tan familiares en nuestro Chevy Impala blanco, de pronto todo me pareció peligroso en aquella oscuridad. Empecé a asustarme. Reduje la velocidad. De pronto ya no tenía tanta prisa por ver a Ray.

Aparqué junto a su coche, que se encontraba estacionado en el Pozo de la Serpiente del Castle. Me metí en su coche

antes de que él pudiera bajar. No me había vuelto a mirarle, pero mi cuerpo ya lo sabía. Cuando finalmente alcé la vista, nuestros ojos se encontraron. Sostuvimos la mirada. Antes de que él abriera la boca, mi cabeza empezó a girar a derecha e izquierda, diciendo no, no, no.

Ray quería que yo supiera que la decisión era totalmente suya y que sus padres le habían prometido apoyarlo pasara lo que pasara. Pero su padre le había dado el consejo que había decidido seguir. Le había dicho que si empezábamos tan mal, nuestro matrimonio no podía durar. Empezar una vida de casados debiendo dinero a los padres, sin poder valernos por nosotros mismos durante un tiempo indefinido, y con un niño al que cuidar, nos condenaría al fracaso. Estaba seguro de que nos casaríamos «dentro de unos años». Pero este era el camino equivocado y el momento equivocado.

Le di la espalda con rabia. A nuestro alrededor se alzaban casas perfectas rodeadas de impecables jardines, pero sus ocupantes tenían sus problemas, algunos inconfesables, otros aún peor. Nadie vivía sin problemas. ¿Qué tenía de malo enfrentarse a dificultades? ¿Acaso evitar los problemas era la medida para una vida exitosa? Yo sabía que podíamos conseguirlo. ¿Por qué decían *ellos* que no? Cuando solté todo el aire que había inhalado de golpe, me deshice en un llanto que pensé que no se acababa nunca.

Mi padre me había dicho que si Ray se negaba a hacer lo correcto, no podría volver a verme. Pero yo no sabía qué hacer con el amor que aún sentía por él. No podía decirle que arrancara el coche y se alejara de mi vida para siempre. Pero las dudas que sentía mi padre sobre el amor de Ray hacia mí empezaban a asaltarme también a mí.

Le dije que a partir de ese momento tendríamos que acordar nuestras citas a través de Jessica o Cindy. Ray prometió no abandonarme.

Volví a casa en estado de *shock*. Posé mi mano sobre mi

vientre, rezando por que nuestro hijo nunca se sintiera rechazado, que nunca sintiera esa angustia. Entré en casa y les dije a mis padres, sin mirarlos a los ojos, que no nos íbamos a casar. Y me fui a la cama. No dormí en toda la noche.

Unos días después, Ray, otra pareja y yo nos reunimos en secreto en torno a una mesa de cuadros rojos y blancos que se encontraba pegada a la pared trasera de un popular salón de baile llamado The Jokers Three. Cada vez que se abría la puerta que daba a la sala de baile principal, a la trasera llegaban fragmentos de los Beatles, Temptations o Tams. The Jokers Three había sido nuestro local favorito. Siempre estaba lleno. Bailábamos durante horas en las pistas cubiertas de serrín. Pero yo nunca había estado en la sala reservada. Aquí, la luz era tenue y las paredes parecían albergar muchos secretos. En el centro de la mesa, el oro de la jarra de Budweiser parecía brillar como una bola de cristal. Frente a nosotros se encontraban Ted, un buen amigo de Ray, y la prima de Ted, Sarah. Hacía mucho tiempo que yo no veía a Sarah. Me fascinaba. Era muy guapa y rubia, pero no era por eso. Había cambiado mucho. Tenía un aura de fuerza, pero también una gran tristeza. Solo un par de meses antes había tenido una hija y la había dado en adopción. Yo, desde que había descubierto que estaba embarazada, había rezado para que fuera varón. Así sabría que iba a ser lo bastante fuerte para aceptar la idea de su adopción. Temía que una hija no pudiera hacerlo.

Sarah nos habló del pequeño hogar para madres solteras en el que había estado. Se encontraba en Richmond, Virginia. Me alivió saber que había una alternativa a una de esas «fábricas» de Florence Crittendon, una cadena de casas para madres solteras que, según había oído, acogía hasta a setenta chicas a la vez.

Mientras Sarah hablaba, me enjuagué una lágrima con la

mano derecha. No quería que nadie me viera llorar. Ray me agarraba con fuerza la mano izquierda, como si él o yo fuéramos a salir volando. Me quedé mirando el brillo dorado de la jarra como si pudiera revelarnos alguna verdad. Esperaba que Ray estuviera prestando atención. Mi mente solo captaba retazos de la conversación.

La sola locución «casa para madres solteras» siempre me había provocado una fascinación morbosa. Me había leído todos los artículos que publicaba sobre ellas la revista prohibida *True Confessions*. La madre soltera siempre era rubia. Era el mismo intenso pero distante respeto que inspiraban los misioneros de los pobres cuando nos predicaban bondad y caridad: esos hombres de espalda recta y hombros cuadrados, esas esposas de rígidos peinados, esas hijas de guantes blancos y zapatos de charol, esos hijos de rostros pecosos y pelo al rape, una comunidad de «buenas» familias católicas. Me identificaba con las chicas a las que enviaban a casas para madres solteras tanto como esa recta comunidad se identificaba con los estómagos hambrientos de los pobres cuando les dejaban caer unas monedas.

Nuestros vasos tintineaban contra la jarra aún medio llena cuando decidimos irnos. Cuando Sarah se levantó para marcharse, sus ojos se posaron en los míos. Y yo deseé saber interpretar su mensaje. Cuando Ray retiró mi silla para ayudarme, le miré a los ojos. En ellos vi todo el amor que sentíamos el uno por el otro, y también toda la tensión que también él estaba sufriendo. Me costaba creer que no nos fuéramos a casar.

Una vez la decisión fue firme, para mis padres volví a ser como una niña pequeña. Mi madre tomó el mando y concertó la cita con los Servicios Sociales de la Iglesia católica para gestionar mi ingreso en Seton House, la casa a la que había

ido Sarah. Cuando fuimos a la entrevista aquella mañana, condujo ella. Yo había sido una pasajera en el coche, una espectadora en la entrevista.

Y ahora me daba cuenta de que la reunión había terminado y de que todo estaba concertado. Al cabo de tres meses ingresaría en un hogar para madres solteras. La monja dio la mano a mi madre mientras le aseguraba que estábamos haciendo lo mejor para el niño y para mí. Por un momento pensé que mi madre iba a hacer una genuflexión y besar agradecida la mano de la monja. Para matar el dolor, dejé que mis sentidos se embotaran.

Conseguí llegar hasta el coche. Mi madre se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor. Lo habíamos aparcado a la sombra de un sauce, pero aun así el interior se había convertido en un horno. Puso la mano en el pomo de la palanca de cambios automática, pero se detuvo y se volvió a mirarme.

—Nadie debe saber nada de tu estado —dijo—. Hay que guardarlo totalmente en secreto, y eso incluye a tus amigas, Jessica y Cindy.

¡Como si pudieran olvidar todo lo que sabían a una orden! Y yo iba a empezar a llevar faja, aunque aún tenía el vientre plano.

No contesté. Me quedé mirando el sauce mientras nos alejábamos de él.

A Ray y a mí no nos resultaba fácil vernos ahora, aunque lo hacíamos todo lo que podíamos. Seguíamos quedando en el Castle, pero siempre nos daba miedo de que se enteraran mis padres.

Conservé mi trabajo de verano en la tienda J. C. Penney's del centro comercial Friendly. Un día, mi madre llegó a casa riendo como una histérica. Le caían lágrimas por la cara. De

pronto aparentaba mi edad. Esa mañana la había parado una vecina del otro lado de la calle para decirle lo *delgada* que me había encontrado cuando la había atendido en Penney's. Por lo visto, mis vestidos trapecio ocultaban perfectamente mi delicada situación.

Por fortuna para mí, la moda de aquel verano no subrayaba las cinturas. En agosto iba a ser la dama de honor en la boda de mi prima Joanie. Llegó el vestido y me lo probé. No me había imaginado la tensión que había estado conteniendo mi madre hasta que oí el gutural suspiro de alivio que soltó cuando la falda trapecio de gasa rosa cayó sin esfuerzo sobre mis caderas. Agradecemos al Señor el hecho de que el vestido fuera de estilo Imperio. Pero aún faltaba un mes para la boda.

La mañana de la boda, la casa de mi prima estaba repleta de gente. Yo me encontraba en el piso de arriba, vistiéndome, cuando vino mi madre a ver cómo iba. Ya estaba de cuatro meses, pero el vestido me quedaba bien.

Las fajas que me había traído mi madre aún estaban en la maleta. Cuando vio que aún seguían allí, que no me las había puesto, le dio un ataque. Susurrando fuera de sí, insistió en que me pusiera las dos. Sus «susurros» iban a revelar el secreto mucho antes de lo que lo habría hecho el que yo no las llevara. Una de ellas era una faja moldeadora que empezaba debajo del sostén y acababa casi en las rodillas. Y como había perdido una liga, la pernera se enrollaba continuamente hacia arriba, hasta que la sentía como un torniquete en torno a mi muslo. Cualquiera que me tocara tenía que sospecharlo. Apenas podía respirar, apenas podía moverme dentro de ellas, y pensé que era como si llevara una E escarlata. Pero mi madre se quedó junto a mí mientras me las ponía y no se apartó de mi lado hasta que llegamos a la iglesia.

Motas de luz se filtraban por los vitrales del templo y caían

sobre todos nosotros como millares de pétalos de flores. Recorrimos el pasillo hacia el altar. Yo iba delante de Joanie, la novia. Me sentía honrada de ser su dama de honor. Bajo el ramo de flores, mi mano descansaba suavemente sobre mi vientre. Me pareció sentir algo que se movía en mi interior. Alcé la vista hacia el altar, y de pronto supe que estaba totalmente en paz con Dios respecto a mi situación. Yo sabía que Él quería que yo estuviera allí, en *su* iglesia, como la dama de honor de Joanie. Sin embargo, entre la vergüenza y un regocijo apenas contenido, me preguntaba cómo reaccionarían el sacerdote y todos los asistentes si lo supieran. Me preguntaba cómo habría conciliado todo esto mi madre con sus creencias esta vez.

Y por supuesto, me dio la impresión de que todos y cada uno de los asistentes me tocaban la cintura según me iban saludando en la fila de recepción. Estaba segura de que todos habían de preguntarse por qué llevaba una faja moldeadora con un vestido estilo Imperio, y más con lo delgada que estaba. El flamante marido de Joanie, Tom, estaba tan nervioso que me presentó como «John». Su padrino de boda no paraba de invitar a «John» a bailar con él. Mi padre estaba fuera de sí. Mi madre, aunque todo iba bien, era un manojo de nervios. Pero a mí me parecía natural, no perverso, disfrutar de la boda de Joanie, aunque me costaba no desear que fuera la mía.

Las clases empezaban a mediados de agosto, menos de dos semanas después. En casa todos pensaban que yo iba a volver a la universidad. Y en la universidad pensaban que me iba a pasar un semestre con una amiga en Florida. En realidad, iba a quedarme en casa de Tessa, la hermana de mi compañera de habitación, en Charlotte.

Tanta mentira y tanto secreto me tenían agotada. Para mí,

todo aquel verano fue una mentira detrás de otra. Los embarazos fuera del matrimonio eran un intrigante tema de conversación, pero nunca se hablaba de ellos salvo en susurros y medias palabras. Para toda la comunidad, y también para mis padres, era más fácil guardar el secreto. Yo no me sentía «no casada» ni «fuera del matrimonio». Me sentía embarazada de un hijo por el que ya sentía mucho amor. Pero aceptaba la situación. Era lo que se hacía entonces.

Al final del verano empecé a sentirme embarazada de verdad. La realidad se impuso cuando mis amigas empezaron a prepararse para volver a la universidad, a hacer maletas con ropa nueva y nuevas esperanzas. El corte trapecio empezaba a deformarse para dar paso al vestido saco, un estilo que se caracterizaba por la cintura baja y voluminosos pliegues en torno al abdomen. En cuestión de moda, no podía haber elegido un momento más oportuno para la situación en la que me encontraba.

Tuve que hacer creer a la gente que me apetecía mucho empezar el segundo año de universidad. Y a mis padres tenía que hacerles creer que lo llevaba todo —las mentiras, mis perspectivas de futuro— estupendamente. Muchas veces me preguntaba si no me estaba volviendo loca. Me pesaba el corazón, pero no podía llorar. Pensaba que tenía que ser valiente. Había depositado mi fe en mis padres y en la Iglesia para que me señalaran el camino a seguir. Porque sin duda eran más sabios que yo a mis diecinueve años. Atribuía mi sufrimiento disimulado a mi locura. Si hubieran sabido de mi dolor, nunca me habrían hecho pasar por esto.

Antes de marcharme a Charlotte, tuve que ir al médico. Mi madre no me acompañó. En la pequeña recepción había dos mujeres en avanzado estado de gestación. Para que no se dieran cuenta de que no llevaba anillo de boda, mantuve la mano izquierda metida en el bolsillo. Tener que ocultar mi embarazo me hacía arder de vergüenza y humillación. Las

dos rozagantes embarazadas parecían resplandecer. Esperé que comprendieran lo afortunadas que eran. Mientras la que tenía enfrente tejía un jersey de bebé, yo empecé a tejer una concha en la que meterme. Fue buena idea empezar a hacerlo entonces. Mientras me reconocía, el médico me trató como si tuviera la lepra. Me sentí degradada por su falta de compasión. Solo dijo que había sido una tonta por meterme en ese lío. Fue como si me escupiera, como si fuera una pordiosera recorriendo un camino polvoriento hacia Babilonia. Pero en ese momento, una parte de mí no se lo reprochó.

En casa de Tessa yo tenía las cortinas echadas. Dos días después de llegar, empezó a notárseme un poco el embarazo. Tessa se portaba muy bien conmigo. Era como una hermana mayor. Era una mujer trabajadora y soltera, un espécimen raro en aquellos tiempos, en los que la mayoría de las mujeres se casaban nada más terminar sus estudios. Era fascinante estar en la casa de una «mujer independiente». Pero la vergüenza que sentía me impedía salir a la calle. No quería incomodar a Tessa. Me pasaba los días en un limbo, con la televisión casi siempre encendida.

Ya sentía a mi niño pateando continuamente. Mientras me tragaba interminables episodios del concurso *Jeopardy* y los culebrones, él se convirtió en mi compañero. Para mantener nuestra conexión, tenía la mano casi todo el tiempo posada en mi barriga. Yo siempre había sido una chica sociable que no paraba ni un momento. Este aislamiento fue un cambio tremendo para mí.

Un fin de semana en que Tessa se fue de viaje, Ray condujo durante ocho horas para venir a verme desde la universidad. Cuanto más avanzaba mi embarazo, más mujer me hacía, y más absurdas me parecían ciertas situaciones. ¿Por qué tenía que esconderme para ver al padre de mi hijo? Sin embargo,

me sentía culpable. Cuando Ray entró en la casa por primera vez, sentí que lo veía desde muy lejos, casi como si fuera un desconocido. Habían pasado seis semanas desde que habíamos estado juntos por última vez. Él estaba en su último año de carrera. Su vida no parecía haber cambiado mucho. Para mí, el cambio, por dentro y por fuera, había sido como la noche y el día.

No supe lo que sentí al volver a verlo. Ninguno de los dos había tenido ni un momento de ayuda psicológica; lo que pudiéramos pensar y sentir era nuestro problema. Éramos dos inocentes perdidos en esa casa de Charlotte. Esa noche, cuando estábamos juntos en la cama, Ray puso la mano sobre mi vientre y sintió como se movía nuestro hijo. La incomodidad que sentíamos el uno con el otro se desvaneció y volvimos a encontrarnos.

A mediados de octubre, por fin sonó el teléfono. Había una vacante en Seton House. Por un momento pensé en la chica cuyo lugar iba a ocupar, y en su bebé. Ya estarían separados. Mientras hacía la maleta, sentí pánico. Me parecía que me iba a un país extranjero para no volver jamás.